

visto salir de mi casa, hoy pa el tabernero y mañana pa la contrebución, hasta la caldera de la cocina, dempués de haber consumío el ropal de sábanas que yo tenía hilás y cosías por estas manos, á más de haber tenío que vender en dos años toa la propiedá terrentorial? ¿No ha estao dos veces la josticia esta semana á sacarme prenda porque no se pagó una contrebución nueva, motivao á no tener un mal ochavo en mi casa, ni de ónde sacarle? ¿Y no es too esto una maldición de esa bruja, que me va caendo encima?

—¿Crees tú que yo soy brujo?

—¡Jesús, señor cural...

—Pues mira, yo te he pronosticado las mismas desgracias que tía Bernarda; y cualquiera que desee tu bien y tenga dos dedos de frente te hará el mismo pronóstico, porque no puede dar otro resultado la conducta de tu marido.

—Sí, sí; lo que es para usted too tiene güena explicativa... ¿Y el golpe que acaba de llevar el mi Andrés por haberle visto la bruja salir de su güerto?

—Si haciendo lo que manda Dios y la buena educación, no se hubiera metido Andrés en el cercado ajeno, no se habría descalabrado al salir de él con el fruto robado.

—Y estos mordiscos (Teresa se descubrió un brazo lleno de cardenales), ¿de quién son

sino de esa condená de bruja mientras que yo duermo?

—Esos que tú llamas mordiscos, son cardenales, Teresa, hijos legítimos de la paliza que te pegó tu marido anteayer.

—Y aunque too eso fuera verdá, ¿me negará usted que el domingo se le olvidó á usted cerrar el misal al acabar la misa?

—Efectivamente me sucedió eso; pero, ¿y qué?

—Que motivao á ello la bruja se quedó clavá de rodillas en la iglesia, y que no hubiera salío de allí si á la mego-día no va el campanero á tocar, y ve asina el misal y le cierra.

—Y ¿qué tiene que ver el misal abierto con toda esa monserga?

—¡Esta sí qué! ¿Pus usted no sabe que las brujas cuando entran á misa no pueden salir de la iglesia si se queda el misal abierto?

El bendito sacerdote no pudo contener la risa al oír semejante desatino, y eso que no ignoraba que era versión aceptada en la Montaña como artículo de fe.

—En el presente caso—dijo formalizándose otra vez don Perfecto,—el acto de quedarse tía Bernarda en la iglesia cuando sus convecinos salen de ella, no significa sino que se queda á rezar mientras vosotros vais acaso á murmurar y á maldecir de ella; y si tú frecuenta-

ras la iglesia tanto como esa *bruja*, la verías, como la he visto yo, permanecer allí muy á menudo las horas enteras sin que á mí se me haya olvidado cerrar el misal... Y ahora te digo que es ofender á Dios creer supercherías semejantes, y mucho más con relación á determinadas personas.

—Tamién la han visto encultar debajo del liar de la cocina el puchero del unto que se da pa dir á Cerneula...

—Lo que le habrán visto, sin duda alguna, ocultar, son hasta los mendrugos de borona que recoge de limosna, para que no se los roben los que, á título de bruja, se creen con derecho á atropellarle todos los días el pobre hogar...

Aquí ilegaba el diálogo cuando se abrió con estrépito la portalada y cayó de hocicos en el corral un hombre.

—¡El Señor me dé pacencia!—exclamó Teresa juntando las manos al reconocer á su marido.

El primer impulso de don Perfecto fué correr á levantar al caído; pero éste no tuvo necesidad de su auxilio, porque, apenas besó el suelo, volvió á incorporarse, aunque no sin perder más de dos veces el equilibrio. Puesto ya de pie, con las greñas encima de los ojos, tirado el sombrero sobre el cogote, negros los

labios, mal sujetos á la cintura los pantalones, medio vestida la chaqueta, los brazos al desgaire y desgarrada y tinta de vino la pechera de la camisa, comenzó á mirar en derredor de sí con esa vaguedad de vista propia de los borrachos.

El señor cura y Teresa le observaban en silencio.

—Sssuffrrrrsss... sschsis—masculló el beodo fijándose más obstinadamente en don Perfecto.—¿Un carranclán en mi casa? Hombre, hombre, ¿qué me cuenta usted?... Conque en mi casa... ¡Ssssangrrrrre va á corrrrrer aquí!...

Y se acercó más al portal.

—Dios te ilumine, Gorio,—le dijo con suavidad el señor cura.

El borracho se fijó entonces con más empeño en don Perfecto; se restregó los ojos en seguida, y derribando perezosamente de un revés el oscilante sombrero de la coronilla,

—Perdone usted, señor dd...ddiácono—tartamudeó;—creí que eras... ¡Me valga Dios, qué juriacán sopla de esta banda!...

—Pero, hombre, ¡si está una tarde magnífica!

—¿Mosolina dice usted, señor a...cólito? Mosolina no... La cogí con... ¡brrrrrumbssh!... con rioja... Un hombre como yo no gasta menos... Oye, Teresona, tarascona, dame... ¡aachhhis! dame... los...

—¿Qué es lo que quieres, hombre de Dios?
—respondió Teresa casi llorando.

—Quiero las... ¡Menuda paliza te vas á chumpar esta tarde! Cuando te digo que te vas á relamber de gusto... Misté, don prsbítero, cuando yo echo la mano por salva la parte á Teresona, y le aministro un par de morrás á mi gusto, vamos, no me cambio por...

—Pues eso es muy mal hecho, Gorio, y de ello tienes que dar cuenta á Dios.

—¿A Dios?... ¿á Dios... padre... sssuddiácano? Verá usté quién es Dios ahora mesmo. «¿Quién es Dios, niño?—Respondo: la cosa más... más...» ¡Por vida de!... Y ahora que me alcuerto, ¿qué haces tú en mi casa con ese camisolín de seda y ese futifraque?... ¿Te debo yo algo?... Vamos á ver, ¿te debo yo algo?

—Nada me debes, Gorio.

—Sin andróminas, hombre, ni pitismiquis, ¿te debo algo?... Porque si te debo algo, yo soy muy auto para pagarlo ahora mesmo... Conque pide por ese piquito, hermoso.

Al decir esto Gorio, metió su diestra en el bolsillo del chaleco, y sacó, entre puntas de cigarro, papelillos arrugados y pedazos de hojas de maíz, hasta dos reales y medio en piezas de cobre.

—Mía tú—dijo á Teresa,—si yo soy hacendoso y atropao... como no tenía ya para beber

esta semana, he vendió hoy al jándalo del Regatón la novilla que nos queda, y me ha dao de señal och... ochhh... ochhh...o riales.

—¡Jesús me ampare!—exclamó Teresa llorando al oír esto.—¿Lo oye usté, don Prefeuto? ¡Lo único que nos quedaba!

—Eso no, devinidá de mis entrañas—repuso el borracho con una horrible mueca que quería hacer pasar por sonrisa.—¿Y este cuerpecito, salero? ¿No te queda para tu ssssnto y alegría?... Y si hay algún guapo que lo niegue, que salga al frente... náaa, vamos, que salga... ¿Lo niega usté, padre... prifacio?... ¡Calla! ¿si vendrán á negarlo esos dos sandifesios?

Al decir esto, señalaba Gorio á dos hombres que acababan de entrar en el corral.—Teresa palideció al verlos.—El señor cura levantó sus ojos al cielo murmurando apenas:

—¡Desdichada familia!

—¡Toma!—dijo el borracho,—si es el *sacamantas*.

Con este nombre se conoce en muchos pueblos rurales de la Montaña al alguacil del concejo, y nunca mejor que en este caso mereció el mote. Casualmente traía al hombro una de dormir y un caldero en cada mano. El hombre que le acompañaba era el alcalde pedáneo: llevaba colgado de un ojal de la chaqueta un

tintero de cuerno y una tira de papel en la mano.

—Ya sabes á lo que vengo, Teresa—dijo éste al llegar al portal...—Buenas tardes, señor cura... Dios te mate, borrachón,—añadió encarándose respectivamente con los aludidos.

—Buenas y santas, señores,—dijo por su parte el alguacil.

—Él os ampare—contestó don Perfecto.—Y ¿qué os trae por acá?

—Poca cosa, don Perfecto—respondió el pedáneo.—Hemos estado otras dos veces á pedir á Teresa el reparto, y como nada nos ha dado, y á la tercera es la vencida, vuelvo hoy con el *portero*, para que cargue con la prenda, como carga con las que ya trae encima, si no me dan dinero.

—¿Y qué reparto es ese?—preguntó el cura.

—Pues el de la campana.

—¡El de la campana!

—Cabal. El de la campana que se hizo el año pasado, y que todavía está sin pagar.

—Pero, hombre, ¿no se cobró un impuesto seis meses hace para pagar esa campana dichosa?

—Sí, señor; pero parece ser que el secretario echó entonces mal las cuentas, y no alcanzó el dinero que se cobró del primer reparto, y por eso se hizo otro.

—¡Ya! ¿Conque no alcanzó?... ¡Vea usted qué atrasadillo anda en contabilidad el señor secretario!—observó don Perfecto con cierto retintín.

—Y velay—dijo la afligida Teresa;—porque no he querido... porque no he podido pagar ese segundo reparto, me vienen á sacar prenda...

—¡Y vaya si te la sacaré!... como éstas que ves aquí,—recalcó el pedáneo con aire de importancia.

—¡Dichosa campana!—exclamó Teresa afligida.

A todo esto, Gorio, que se había recostado contra el poyo, comenzó á canturrear con voz chillona y destemplada:

Tocan las campanitas
por la mañana;
tocan las campanitas,
tocan al alba.

—¿Y cuánto te corresponde pagar, Teresa?—preguntó don Perfecto.

—Una barbaridá de dinero, señor.

—¡Taday, moquitona!—gruñó el pedáneo, desplegando la tira de papel.—Verá usted, señor cura... «Gregorio Pajares... cuatro reales y medio...» Conque dígame usted si eso vale la pena de...

—Sí; para el que no tiene pan que llevar á

la boca, como si fueran mil duros,—respondió Teresa anegada en lágrimas.

—Con lo que ese mata en la taberna—añadió el alguacil,—había sobrado pa comer arroz con leche todo el año.

—Si no hubiera pícaros en el mundo—replicó con cierta intención Teresa,—no se harían borrachos los hombres de bien como el mi marido... Y de toas maneras, yo no tengo hoy con qué pagarvos: así, tirar por onde queráis...

Entre tanto, el señor cura, vuelto de espaldas á todos los del portal, se palpaba á dos manos los bolsillos con febril impaciencia.

—¡Por vida del ocho de bastos!—murmuraba.—No salen más que veintiséis cuartos...

Luégo, como si le hubiera cruzado una idea por la mente, se dirigió á Gorio, le sacudió un hombro y

—Oye, Gorio,—le dijo,—¿me prestas doce cuartos?

—¿Para beber á escote?—preguntó á su vez el borracho.

—Cabal—respondió el cura,—deseando acertar el deseo de Gorio.

—Pues para eso no presto: lo que hago es jugarlos á la brisca á tres juegos hechos... mano á mano.

—No puedo jugar ahora; pero te prometo devolvete por ellos mañana... veinticuatro.

—Me conviene el ajuste... y allá van esos intereses.

El borracho desocupó su bolsillo en las manos de don Perfecto.

Al mismo tiempo, apremiada por el pedáneo, decía la infeliz Teresa:

—No tengo más prenda que dar que la manta de la cama: todo lo demás se lo han ido llevando entre la josticia y la taberna.

—Pues venga la manta de la cama,—decía el alguacil.

—¡Dios mío! ¿Lo oye usted, señor cura, cómo se cumple la maldición de la Miruella?

—¿Quién dijo Miruella?—interrumpió Gorio.

—No se cumplirá esta vez—exclamó con alegría don Perfecto.—Ahí van—añadió, poniendo las monedas en manos del pedáneo,—los cuatro reales y medio de esta infeliz. Y quiera Dios que esta nueva exacción sea tan legítima como las lágrimas que cuesta.

Teresa se anegaba en las suyas; Gorio miraba la escena con aire estúpido, y el pedáneo, mientras destornillaba el tintero y ponía una *P* enfrente del nombre de Gregorio en la lista, contestaba á la indirecta de don Perfecto:

—Pues por vida mía, señor cura, que la campana no fué para la torre de mi casa; otros sacan de ella más raja que yo, probe.

—Pues mira, hijo—respondió con sorna

don Perfecto,—si lo de la raja lo dices por mí, sírvate de gobierno que yo no mandé hacer la campana, ni en la iglesia la hubiera puesto al prever lo que está sucediendo, porque no le gustan á Dios en su casa campanas que *suenen* tanto como esa... Conque ve en paz, ya que te han pagado.

—¿Quién dijo Miruella aquí?—insistió Gorio.—Miruella, Miruella... Señor, ¿qué tenía yo que decir de la Miruella?..

—A propósito de la Miruella, señor cura,—añadió el pedáneo cuando se disponía á marcharse:—el portero y yo la hemos encontrado junto á la abacería sin sentido, y por caridad la hemos llevado á su casa al venir acá. Yo creo que de ésta va á dar al diablo lo que es suyo. Conque á la par de Dios.

Y se fueron el pedáneo y el alguacil.

—¡Ajajá! ¡eso era!—tartamudeó Gorio, volviendo á recostarse contra el poyo.

Teresa se quedó como petrificada al oír la noticia. Don Perfecto, olvidándose de todo cuanto le rodeaba y pensando sólo en que su presencia sería necesaria al lado de la moribunda, si era cierto que en tal estado se hallaba la Miruella, salió precipitadamente del portal; pero no había dado tres pasos cuando le detuvo Teresa, y entre anhelosa y acongojada, le preguntó:

—Y diga usted, señor cura, ¿de qué se habrá puesto así la Miruella?

—¿De qué?... Acaso de algún *golpe*,—respondió don Perfecto con notoria intención, desprendiéndose de Teresa y saliendo apresuradamente del corral.

—¡No lo permita el Señor!—exclamó la atribulada mujer, cubriéndose la cara con las manos, como si quisiera huir de algún remordimiento.

Al levantar después la cabeza y abrir los ojos, vió á su marido que comenzaba á roncar tendido como un cerdo sobre el poyo. Al mismo tiempo aparecía en la puerta de la casa la escuálida figura de su hija, que sin duda se cansaba de esperar adentro.

—¡Devino Dios!—clamó entonces la pobre madre, elevando la vista al cielo,—¡mándame un poco de fuerza, porque no puedo ya con esta carga!

II.

La pedrada que recibió en las espaldas tía Bernarda, ó si ustedes quieren, la Miruella, ó la Bruja, si más les agrada, necesita una explicación que, ya que no justifique, disculpe en parte el atentado de Teresa. Debo á la mu-

jer de Gorio esta reparación en buena justicia, toda vez que del relato precedente, por sí solo, no se saca el necesario acopio de razones en favor de la conducta de aquélla.

Que *hay brujas*, lo creen todos los aldeanos, y muchos que no lo son, así montañeses como no montañeses. Hasta qué punto creen en ellas y las temen mis paisanos, y *cómo son* las brujas montañesas, es lo que vamos á ver ante todo.

Cuál es el primer hecho del cual nace la fama de una bruja, nunca se supo: me inclino á creer que esa fama procede de su mismo tipo, porque he observado que están cortadas por idéntico patrón todas las mujeres que he conocido y conozco calificadas de brujas en este país; todas se parecen á la Miruella, y como ésta, han vivido ó viven solas, generalmente sin familia conocida ni procedencia claramente averiguada.

La bruja de la Montaña no es la *hechicera*, ni la *encantadora*, ni la *adivina*: se cree también en estos tres fenómenos, pero no se los odia; al contrario, se los respeta y se les consulta, porque aunque son también *familiares* del demonio, con frecuencia son benéficas sus artes: dan la salud á un enfermo, descubren tesoros ocultos y dicen adónde han ido á parar una res extraviada ó un bolsillo robado.

La bruja no da más que disgustos: chupa la sangre á las jóvenes, muerde á sus aborrecidos por las noches, hace mal de ojo á los niños, da *maldao* á las embarazadas, atiza los incendios, provoca las tronadas, agosta las mieses y enciende la guerra civil en las familias.

Que montada en una escoba va por los aires á los *aquelarres* los sábados á media noche, es la leyenda aceptada para todas las brujas.

La de la Montaña tiene su punto de reunión en Cerneula, pueblo de la provincia de Burgos. Allí se juntan todas las congregadas, alrededor de un espino, bajo la presidencia del diablo en figura de macho cabrío. El vehículo de que se sirve para el viaje es también una escoba; la fuerza misteriosa que la empuja se compone de dos elementos: una untura, negra como la pez, que guarda bajo las losas del llar de la cocina y se da sobre las carnes, y unas palabras que dice después de darse la untura. La receta de ésta es el secreto infernal de la bruja; las palabras que pronuncia son las siguientes:

Sin Dios y *sin* Santa María,
¡por la chimenea arriba!

Y parte como un cohete por los aires.

Redúcese el congreso de Cerneula á mucho bailoteo alrededor del espino, á algunos excesos amorosos del presidente, que, por cierto,

no le acreditan gran cosa de persona de gusto, y, sobre todo, á la exposición de necesidades, cuenta y razón de hechos, y consultas del cónclave al cornudo dueño y señor. Tal bruja refiere las fechorías que ha cometido durante la semana; otra pregunta cómo se las arreglará para acabar en pocos días con esta hacienda ó con aquella salud; otra manifiesta que la familia de aquí ó de allí goza de una alegría y un bienestar escandalosos, y que, en su concepto, debe hacérsela algún daño, etc., etc., etc... A todo lo cual provee el demonio en el acto, en unos casos dando consejos, en otros echando la maldición que saca lumbres; proporcionando á esta bruja ciertos polvos para que se los haga tomar á Petra, á Antonia ó á Joaquina, con los cuales es segura la *jaldía* á las pocas horas; indicando á otra la necesidad de que al vecino X ó Z le chupe un par de reses, ó haga malparir á su mujer; y, en fin, ilustrando y auxiliando con toda clase de luces y medios materiales al numeroso congreso, para mayor honra del demonio y desesperación de los pueblos. Estas *soirées* duran desde las doce de la noche hasta que el alba asoma sus primeros tornasoles sobre las cumbres más altas.

Acceptando esta versión el vulgo como artículo de fe, no bien la fama califica de bruja á una mujer, ya se pone aquél en guardia con-

tra 'ella.—Nadie pasa de noche junto á su casa; no se toca cosa que le pertenezca; se le da en todas partes el mejor sitio, y en cuanto vuelve la espalda, se le hace la señal de la cruz. En la calle se la saluda desde media legua, y las mujeres en cinta huyen de su presencia como de la peste; las que ya son madres separan á sus niños del alcance de su vista para que no les haga mal de ojo. Si á un labrador se le suelta una noche el ganado en el establo y se acornea, es porque la bruja se ha metido entre las reses, por lo cual al día siguiente llena de cruces pintadas los pesebres.—Si un perro aulla junto al cementerio, es la bruja que llama á la sepultura á cierta persona del barrio; si vuela una lechuza alrededor del campanario, es la bruja que va á sorber el aceite de la lámpara ó á fulminar sobre el pueblo alguna maldición. En una palabra, todo lo triste, todo lo desgraciado, todo lo calamitoso que ocurre en la jurisdicción de una bruja, se atribuye por el vulgo á las malas artes de ésta.

Acontece que las llamadas brujas son mujeres de la misma piel del diablo, es decir, enredadoras, chismosas, borrachas y algo más, en el cual caso explotan en beneficio de sus malos instintos la necia credulidad de sus convecinos; ó son como otra persona cualquiera, y acaban por ser completos demonios, acosadas, escar-

necidas y vejadas por el fanatismo popular; ó son, en fin, mujeres virtuosas y honradas á carta cabal, y entonces viven, las desdichadas, mártires de la más estúpida persecución.

De los tres grupos he conocido brujas en la Montaña.—La Miruella pertenecía al último.

Había venido al pueblo bajo los auspicios de una vieja viuda sin hijos, que al morir le dejó la casita y el huerto. Era la Miruella (1) (que así se la bautizó al llegar al pueblo por su pequeñez de cuerpo y afición á vestirse de negro) más discreta que el vulgo que la rodeaba, y ésta fué su perdición.

Sus atinadas sentencias, sus sesudos pareceres, dejaban boquiabiertos á los aldeanos; y como además era amiga del retiro, ó por lo menos, enemiga de murmuraciones, corrillos y tabernas, dióse en decir que tenía pacto con el diablo.

La Miruella notó al asomar sus primeras arrugas y al perder el último diente, que comenzaba á cundir la fama de sus brujerías. De este modo vió pasar toda su larga ancianidad entre el horror y la repugnancia de sus vecinos. No le fué dado en todo este tiempo ni siquiera el placer de hacer un beneficio, porque al conocer su procedencia todos le rehusaban.

(1) Miruella se llama en la Montaña á la hembra del mirlo.

Una vez comenzó á arder su casa y no hubo una mano caritativa que la ayudara á apagarla. Era el verdadero paria á quien se le negaba la hospitalidad y hasta la sal y el fuego. Para ella jamás había conmiseración, porque se le atribuían todos los infortunios que sufrían sus vecinos, y si no se le daba cada día una paliza, no era por repugnancia al acto en sí, sino por miedo á la venganza de la apaleada, que podía *no morir de las resultas*.

Teresa, que sobre ser la vecina más desgraciada del barrio, era la más propensa á la superstición, amén de ser la que más cerca vivía de la bruja, fué, por consiguiente, la que se creyó más perseguida por ella y más castigada: no la olvidaba un solo instante, y en todos los de su vida el odio que la profesaba era sólo comparable al horror que hacia ella sentía. De aquí su convicción, al arrojarle la piedra cuando la creyó causante también de la descalabratura del rojillo, de que, matando á la bruja, libraba á su familia de la perdición y de una calamidad al pueblo.

Un solo corazón había en él que no fuera insensible á los tormentos que sufría la Miruella; una sola mano que para ella no se cerrara; una sola lengua que no la maldijera; el corazón, la mano y la lengua del señor cura. Este santo varón no se cansaba de consolar ni de socorrer,